

## **En busca del formato Betito: Al Fondo Hay Sitio, una mirada a nuestras diferencias**

Vásquez Fermi, Guillermo

Después de 300 episodios y cercana a cerrar su segunda temporada sin atisbos de ser cancelada en el corto plazo, “Al fondo hay sitio” se sigue consolidando a nivel de una audiencia numéricamente nada despreciable y fiel a su historia y personajes. Uno de los últimos fenómenos de la televisión nacional cuyo éxito no es producto de la casualidad, sino de la articulación de determinados elementos que se han sabido explotar, y de la experiencia acumulada a partir de otros referentes de nuestra pantalla chica, especialmente en la última década.

Esta es la actual producción televisiva de Efraín Aguilar, conocido en nuestro medio por el apodo de “Betito”, el cual arrastra desde sus primeras épocas de actor cómico cuando interpretaba a ese escolar no muy despierto, pero sumamente pícaro, interesado más en la anatomía de su profesora que en las lecciones del colegio. “Betito” se convertía en la encarnación “televisivamente adecuada” de aquel otro célebre personaje del imaginario popular latinoamericano relacionado eminentemente a una gama de chistes colorados: “Jaimito”. El sketch de “Betito” acosando a su profesora, interpretada por Camucha Negrete, se convirtió en uno de los más reconocidos de ese programa sabatino, sobre todo durante la década de los años 80. Quienes no lo recuerdan, tienen ahí a un actor, productor y director nutrido e impulsado en parte por una de las escuelas más representativas, aunque no menos criticada, del humor televisivo en la historia de este medio en nuestro país: Risas y Salsa.

Es así, que la relación de Aguilar con la televisión, no fue sólo como actor cómico sino que desde temprano estuvo dedicado también a la producción y dirección, como en el caso de los inicios y final del mismo “Risas y Salsa”. Su relación con este medio, específicamente con Panamericana Televisión, casa televisiva que lo albergó tantos años, dio como resultado la producción de series de corte cómico que fueron a su vez no sólo precedentes, sino también experiencia que él mismo fue ganando hasta dar como resultado “Al fondo hay sitio”.

”Taxista Ra Ra” (1998) fue el primero de los intentos de Aguilar por lograr una serie de televisión en el que la comicidad sea la que lleve la pauta y además, el inicio de sus proyectos contando con la participación de Adolfo Chuiman, otra de las figuras de Risas y Salsa. Esta serie presentaba a una familia de clase media (o por lo menos era eso lo que indicaba el arte de esa producción), cuyo principal sostén era el ingreso que percibía Raúl Ramírez, el sacrificado padre de familia, haciendo taxi. Una situación que buscaba replicar de alguna manera, una actividad a la que un sector de la población estaba más que acostumbrada en nuestro país. Las escasas oportunidades laborales afianzaron la aparición de chóferes con variado grado de instrucción, que hicieron del taxi la única manera de tener un ingreso para sus hogares. Las vicisitudes del personaje principal encarnado por Adolfo Chuiman tratando de cumplir económica y emocionalmente con su familia, eran los ejes de esta propuesta. Se apostó por características de ese personaje muy criollo que Chuiman supo retratar a veces descontrolada, pero siempre entrañablemente. Otros actores de esta serie también provinieron del entonces desaparecido “Risas y Salsa”: Aurora Aranda, nuevamente como pareja de Chuiman como tantas otras veces en Risas...; Elmer Alfaro, el otrora “Machucado”, un sidekick leal que compartía los escasos momentos de gloria y múltiples castigos que sufrían sketch tras sketch todos los sábados; y Mabel Duclós, quien dicho sea de paso, tenía a cargo los libretos de la serie.

Incluso la mascota de la familia también era incluida en la trama con el mismo recurso de diálogos que el perro Buck de “Matrimonio con hijos”. Importante también indicar que ya desde esta serie, Aguilar incorpora un eje metacomunicativo al hacer que uno de los personajes, la esposa de Raúl, se refiera a que la dejen ver Taxista Ra Ra en el televisor de su sala. El juego entre ficción y realidad (los personajes y el mundo diegético del relato se acercan a lo que la audiencia hace en su cotidianidad) aproxima las instancias del relato a los televidentes. Taxista Ra Ra tuvo una corta existencia comparada a la de las otras series producidas por Aguilar, pero le sirvió para dar luz a un primer gran éxito en sintonía: “1,000 Oficios” (2001).

Esta nueva serie traía consigo algunos elementos de Taxista..., incluyendo a los propios actores, pero incorporaba otras condicionantes importantes para los productos posteriores de “Betito”. Esta trama, giraba también en torno a Renato Reyes, interpretado por Adolfo Chuiman, un padre que debe sostener sólo a toda la familia tratando de encontrar trabajo en lo que sea. El concepto del “Rey del recurso” se hizo palpable y fue la consigna con la que este personaje fue desarrollado y que rebotó al resto de los personajes. Finalmente era esa la consigna a seguir. La gran mayoría de los habitantes del Barrio de San Efraín sufría de esta condición (desempleo o subempleo) y debía forjar su estabilidad económica en base a estas premisas. Así como en el caso de Taxista... con el tema del servicio de transporte público, “1000 Oficios” captura la noción de aquel golpeado sector de la población que se dedica a trabajar en variadas e inconstantes actividades para poder subsistir económicamente.

A diferencia de Taxista..., en “1,000 Oficios”, el núcleo familiar no estaba completo, pues en el caso de esta serie, la familia de Renato carecía de la figura materna que en Taxista... sí existía en el personaje de Aurora Aranda. Él es más bien un viudo, cuyo interés romántico está representado por su vecina Carmen (Aranda). Es aquí en donde la temática romántica acerca a este programa a las claves de la telenovela, adjuntando el humor como elemento particular, pero omnipresente. La pareja protagónica busca cumplir con su felicidad bajo el esquema de una unión tradicional y madura, sobrepasando inconvenientes durante su relación. Sobre la misma lógica de la telenovela y teniendo en cuenta la pareja protagónica, bien identificada aquí en Renato y Carmen, ésta se ve amenazada al integrarse a la historia Eva (Olga Zumarán), quién despierta la inquietud y duda en Renato. Tanto así que bien avanzada la serie, Carmen se aleja del barrio dejando a Renato a merced de Eva.

Otro componente clave de la telenovela, tiene que ver con los capítulos de “1000 Oficios” que se estructuran como conectados progresivamente uno al otro, teniendo en cuenta el cierre clásico de bloque con los planos contraplanos de los rostros de los personajes involucrados. Taxista... más bien contaba con una serialidad que si bien seguía una premisa general, cerraba por completo sus capítulos.

No debemos olvidar tampoco una de las claves del desarrollo de las producciones de Aguilar y que tiene que ver con la presencia de Gigio Aranda en el guión. Este, como ya es conocido, perteneció a aquella generación de “Los Leopoldos”, quienes se aventuraron a las sitcom durante la década de los 90. Su refuerzo en la historia supo darle aquel soporte importante y renovador a Aguilar para que “1000 Oficios” no agonizara por un mal endémico en varias producciones televisivas de nuestro país: las historias. Este fue el inicio de una sociedad que caminó y camina bien junta, y cuyo trabajo compenetrado en ya casi diez años, ha permitido que se logren aportes interesantes a la historia reciente de nuestra televisión.

Una de las características con las que se empezó a hacer guiños en ““Mil Oficios””, es la inclusión de referentes relacionados al equipo de producción. El más explícito es el nombre del lugar en

donde viven los personajes: Barrio de San Efraín, en clara alusión al nombre de pila de Efraín Aguilar. Este es un rasgo que veremos, se vuelve a retomar posteriormente y que se multiplica en producciones futuras.

Es aquí también en donde Aguilar contempló un elenco numeroso respecto al caso anterior y que ha mantenido como constante a lo largo de sus otras series. Si bien Renato y Carmen se distinguieron como los personajes principales, fueron más bien algunos de los secundarios quienes empezaron a tener una mayor aceptación entre el público, cobrando cada vez más importancia. Surgen así los casos de Lalo (César Ritter) quien se encontraba prendado de Carola (Vanessa Jerí), una de las populares Chicas Terremoto junto con su hermana Gianina (Sandra Arana). También se perfiló un rol de peso a cargo de Mónica Torres como Norma, la voluminosa y entrañable hermana de Renato. Estos entre los más recordados.

Caso particular lo representa el desaparecido actor Enzo Viena en el rol de Pietro Rossi. Viena retornaba a nuestras pantallas con un papel secundario pero significativo para ser conocido por una nueva teleplatea, pero sobre todo para ser reconocido por aquellas generaciones de antaño que aún lo recuerdan en su rol de Nino (1971) que fue su consagración.

Con estas características particulares, manejando claves de telenovela, pero incorporando el factor humor (combinación explorada con gran éxito en referentes como Yo soy Betty, la fea – 1999) a través de los diálogos y los gags de los personajes, “1000 Oficios” logra esa identificación con el televidente, su barrio, su esquina, su patota, sus pesares a causa del desempleo y amores, y termina convertida en una de las teleseries que más arraigo había conseguido hasta entonces.

Finalmente, la serie pasó por diversos cambios y desencuentros desde dentro y fuera de cámaras, lo que originó el alejamiento de Efraín Aguilar y Gigio Aranda de la misma. Algunos de los actores los siguieron, pero quedó un grupo al mando de Adolfo Chuiman, quien se encargó de darle un último empuje a la serie, agregando nuevos personajes, pero sin los momentos de gloria de su primera etapa donde alcanzaron los 40 puntos de rating. Tras más de 600 capítulos, la serie se canceló el 2004.

Después de este cisma, Aguilar y Aranda no se quedaron tranquilos y realizaron un cambio importante, empezando por la casa que los acogía. Dejaron definitivamente Panamericana y todo este nuevo relanzamiento de las series cómicas, para incorporarse a las filas de América Televisión, que desde hacía buen tiempo había estado observando con interés el tipo de trabajo de esta dupla. “Así es la vida”, frase popular y que retrata aquella justificación forzada, pero no menos recurrente en el imaginario de la población, se convierte en el título de la serie que inaugura una nueva etapa en el trabajo de este productor y del guionista.

“Así es la vida”, recupera el concepto de una sola gran locación cerrada para la producción, que si bien ya se había diseñado al interior del Auditorio Amauta para “1000 Oficios”, con el cambio de casa televisora, se pasan a un reacondicionado local en donde armaron lo que sería la Residencial Aguilar. Nuevamente la recurrencia a jalar un referente de detrás de cámaras para incorporarlo a la ficción. Si antes fue el Barrio de San Efraín, le toca el turno al apellido de “Betito” en el caso de la Residencial Aguilar.

Otro grupo de actores, que se había retirado de “1000 Oficios” para apostar por una nueva producción de similar estilo de nombre “Habla Barrio”, fue recuperado otra vez por Aguilar. Vale decir, que “Habla Barrio”, de Frecuencia latina, no gozó de la aceptación del público, en comparación a los resultados obtenidos por “1000 Oficios” en su primera etapa. Las condiciones

que establecieron como dupla, Aguilar y Aranda, no pudieron ser replicadas, incluso a pesar de contar con los mismos rostros (Ritter, Jerí, Arana, entre otros) de “1000 Oficios”.

Con el arraigo que varios de los personajes tuvieron en esta última serie, se aprovechó sobre todo la fórmula de involucrarlos románticamente. El ex Lalo (Ritter) y la ex Carola (Jerí), que tanto habían dado de que hablar con su línea argumental, se volvieron Lorenzo y Gwendolyne "Wendy" respectivamente. Ambos se convierten en pieza clave para la trama, tanto así, que su aventura como pareja es el gran inicio de “Así es la vida”, desatando o generando el traslado, por no decir huida, desde Arequipa hasta la Residencial Aguilar. Justamente el tema romántico se desencadena entre varios de los personajes que vivían en este lugar, por lo que prácticamente había un romance para cada rango de edades. Estaban Lorenzo y Wendy para un sector más juvenil, pero también la pareja conformada por el Dr. Humberto Sánchez (Gustavo Bueno) y su esposa Mercedes (Zumarán), quien despertó las pasiones de un vil Dr. Ricardo Mendoza (Luis Ángel Pinasco) formándose así el gran triángulo amoroso de esta serie junto con el de Lorenzo, Wendy y Ricardo Mendoza Jr. (Julián Legaspi). Incluso el sector infantil, que también conformaba una buena parte de la audiencia, tenía una pareja a la cual referirse: Rodrigo (Daniel Escobar) y Daniela (Daniela Pflucker).

“Así es la vida” viene también a establecerse sobre una estructura similar a la ya encontrada en “1000 Oficios”: cercana a la telenovela por su continuidad progresiva capítulo a capítulo, pero incorporando el factor humorístico como condición esencial (Ritter nunca más explotado en sus gags y disfuerzos); un elenco numeroso, entre los que se destacaron también Jerry (Michael Finseth) y Marce (Germán Loero) como preferidos del público. El espacio en donde se realizan las acciones y los personajes conviven, si bien es central, cambia de haber sido un barrio (de San Efraín) a ser una residencial (Aguilar). Ya no estábamos más en aquella quinta donde nuestros personajes vivieron y padecieron en “1000 Oficios”, sino que ahora ya nos hemos trasladado a esta nueva manera de aproximarnos a la ciudad, ligeramente menos condensada que el barrio, pero no menos válida, pues este tipo de vivienda multifamiliar tenía espacios comunes para todos. Digamos que las condiciones de la vivienda de los personajes ha sufrido una mejoría.

Una cuestión peculiar que trajo esta serie a diferencia de lo anterior, más allá de los enredos de sus personajes, fueron las situaciones a manera de parodias que se llevaron a cabo. Tomando como referencia personajes coyunturales como intérpretes o grupos musicales de cumbia (“La tigresa del oriente” y el “Grupo 5” se convirtieron en “La leonesa del oriente” y en el “Grupo 3”), pero también otras producciones televisivas y cinematográficas de nuestro país y del extranjero (“Los Sánchez también lloran” por “Los ricos también lloran”, “La gran masacre” por “La gran sangre”, “El Padrino”, “El Aro”, etc.), “Así es la vida” se dio licencias para incorporar el sketch a sus tramas y aprovechar algunos de los personajes o situaciones del imaginario colectivo de sus televidentes para reforzar el humor y ampliar el horizonte mismo de sus intérpretes.

Para cerrar esta parte, cabe resaltar también la inclusión de guiños a personajes anteriormente representados por un mismo actor; tal es el caso de Luis Ángel Pinasco, quien cierra la serie soltando un "Hi everybody!" mostrándonos ambos dedos índices, tal cual lo hacía su personaje Mr. Johnny en el Show de Rulito y Sonia a inicios de los años 80.

Incluso su hijo Bruno Pinasco interpreta el papel que hacía su padre, el Dr. Ricardo Mendoza, en uno de los capítulos en los que se muestra a los personajes durante su juventud. La ficción se vale de la realidad para incorporar estas facilidades de producción, pero no sólo funcionalmente, sino también valiéndose de la popularidad del mismo Bruno Pinasco. Hasta el mismo Efraín Aguilar aparece en un papel secundario como monseñor Hacowin.

Para noviembre del 2008 y habiendo incorporado y prescindido de tanto personaje, (incluyendo nuevamente a Chuiman como Roberto "El gato" Sánchez), "Así es la vida" llegó a su fin. Ésta fue una de las críticas que se le hicieron en su momento, además de estirar la serie más allá de sus posibilidades y el desgaste natural tras más de 1000 capítulos emitidos.

Todo este bagaje a costas engendró el actual éxito de Aguilar: "Al fondo hay sitio". Siempre junto a Gigio Aranda como su guionista principal, desde el año 2009 esta serie, también por América televisión, llega a nuestra pantalla local causando conmoción. Fenómeno popular que ha potenciado varias de las características anteriormente revisadas en las series previas de Aguilar, desbordó incluso la pantalla y la ficción para hacerse notar en la vida diaria de la teleplatea.

"Al fondo hay sitio" (AFHS), como título, destaca ese lema que encarna la cultura combi que se asienta en nuestro cotidiano paso por la ciudad y del que no hemos estado exentos en algún momento. Reconocemos el criterio conformista y de vaga esperanza al que apela, pero sobre todo a aquel rasgo que identifica a esa muy particular y multicultural Lima.

Si bien AFHS vuelve sobre la base de una gran y única locación principal a la que hacíamos referencia en "1000 Oficios" y "Así es la vida", aquí la locación es el centro álgido que mueve el contraste y la diferencia. La zona residencial de Las Lomas, epicentro de lo mejor que la Lima de ficción puede ofrecer a los más acaudalados de esta ciudad, contiene un lunar. Y no estamos hablando de cualquier lunar, sino más bien de uno lo más desagradable posible a la vista de cualquier residente de esa zona: la casa de la familia Gonzáles. Sin tarrajear ni pintar, con la construcción a medias y sin visos de mejorarse en favor del ornato del lugar.

Y si para el residente de Las Lomas, ya el lunar les parecía desagradable, más estupor les causa el saber que dicho lugar tiene habitantes y no pocos. Los Gonzáles llegaron desde Ayacucho en buen número y no para adecuarse al estilo de vida de esta exclusiva zona de Lima, sino para procurarse un techo manteniendo sus costumbres. Para mala suerte, esta vivienda se encuentra ubicada frente a la residencia de la familia Maldini, quienes tienen una historia previa con algunos de los miembros más antiguos de los Gonzáles. A sus ojos, esto no es más que un asentamiento humano en sus narices.

AFHS esconde y muestra aquello de lo que todos nos quejamos y que ubicamos en el deber ser, pero que finalmente terminamos encontrando: un racismo con distinta fuerza arraigado en nuestro quehacer diario y sobre el cual esta serie elige burlarse encontrando una veta muy apreciada y posible de explotarse desde diferentes niveles socioeconómicos. Ya no se trata aquí de un determinado sector de la población, sino que justamente la diferencia y variedad hacen lo interesante y llamativo, sobre todo cuando se debe vivir al lado de ese otro al cual no se quiere necesariamente ver. El personaje del Dr. Mendoza (Pinasco) en "Así es la vida", ya nos había dado muestras del desinterés de los ricos sobre los menos favorecidos. AFHS nos lleva al mismo centro del prejuicio, haciendo que las diferencias puedan explotar en cualquier momento ante aquel gesto mal interpretado o aquella palabra mal entendida. Es también la diferencia la base de toda esta serie. Contraponer ricos y pobres ya lo habíamos visto en innumerables telenovelas de nuestro continente y desde fuentes como el cine de oro mexicano. "Los de Arriba y los de abajo" de Michel Gómez había traído a colación el tema. En AFHS se condensan estas polaridades. No se trata simplemente de tener en el mismo sitio a los que son pobres y a los que siéndolo, buscan no serlo para parecerse a los otros, los privilegiados que por supuesto no viven ahí. En este caso tenemos ricos y pobres casi hacinados, cada uno en su propio espacio, colindante uno con el otro. Como si el enfrentamiento fuera parte de la regular convivencia. Sólo la iglesia del Padre Manuel (Fernando Bakovic) está ahí como vigilante de un equilibrio precario.

Las fiestas patronales, normalmente inexistentes para los Maldini, se vuelven manifestaciones regulares frente a ellos gracias a los Gonzáles. Incluso, aquella bodega de barrio que todos hemos conocido, se traslada al universo aséptico de Las Lomas. Que mejor afrenta hacia lo exclusivo. Más de una vez ha sido fuente de discusión entre sus habitantes. Sobre todo cuando además de la bodega, se inauguró un salón de belleza improvisado en la sala del hogar ayacuchano. Sin licencia, pero con muchas ganas de trabajar, este siguió funcionando un tiempo.

Pero la diferencia ha calado también entre los mismos personajes y hay aquí un elemento crucial. De la misma manera que el componente romántico en las series anteriores, AFHS no escapa al tema y más bien se entrelaza sobre esta base de lo dispar. Prácticamente todas las parejas que se han ido estableciendo, con sus altas y bajas de acuerdo a la trama, se han conformado entre personajes pertenecientes a distintos extractos sociales.

Aquellos romances que se producen entre iguales, no tienen estabilidad, salvo la honrosa excepción de Don Gilberto (Gustavo Bueno) y Doña Nelly (Irma Maury en una acertada evolución de la madrina de Chamochumbi, personaje que atormentaba en “Los de arriba y los de abajo”). Dentro de este paquete encontramos a los ya conocidos Joel (Erick Elera) y Fernanda (Nataniel Sánchez). Casi un Matalaché moderno. Él de origen humilde y provinciano, ella de origen muy acomodado y despreocupada. La gran pareja de moda, especialmente en la primera temporada. Si bien no se han terminado de juntar, hay una expectativa creada para que esto se termine logrando. Miguel Ignacio (Sergio Galliani) y La Gladys (Kukuli Morante) son otro caso. De próspero y sinvergüenza empresario, esposo infiel e interesado, cayó subyugado por los encantos selváticos de Gladys. Ahora, caído en desgracia, no tiene más apoyo que el de su pareja. Grace (Mayra Couto) y Nicolás (Andrés Wiese) son otro caso especial. Aquel amor no correspondido de aquella chica ilusionada por este niño bien. Su príncipe azul idealizado en carne y hueso frente a su casa, pero ella se encuentra atada por su timidez. Si bien se ha permitido robarle un beso, no lo llega a encandilar y éste se va con otras chicas más “arriesgadas” y arregladas que ella: tan tranquila y estudiosa. El rubro adulto encuentra en Charo (Mónica Sánchez) y en Raúl (Christian Thorsen): también a dos mundos distintos. Ella abnegada y recatada viuda que mata por sus hijos. Él, productor exitoso con una vida disipada hasta que conoció a Charo. Justamente los rezagos de su vida le han terminado pasando la factura a su relación, aunque todo apunta a una final reconstitución de la pareja. Ya Thorsen había protagonizado una relación de diferencias junto con el personaje de Norma (Mónica Torres) en “1000 Oficios”. Cierran, aunque no agotan esta categoría, Francesca (Yvonne Frayssinet) y su mayordomo Peter (Adolfo Chuiman). Aunque ella no lo sabe y lo tiene en muy alta estima, Peter sufre en silencio por ese amor no correspondido y se conforma con estar siempre al lado de su “Madam”<sup>[1]</sup>. Ella ha dejado entrever alguna simpatía lejana por su criado, pero nunca más, aunque en este mundo de la asimetría de AFHS, esta puerta está más que abierta para los seguidores de la serie.

Si bien antes ya había aparecido de a pocos este recurso, ha sido en AFHS en donde más se viene explotando. Las referencias de la realidad dentro de la ficción (y viceversa) son muy comunes en esta producción. Personajes salen de la pantalla como en el caso de Joel y Fernanda y son exhibidos en presentaciones diversas por el país. El público no se quiere acordar tanto de sus intérpretes, sino de los personajes. Estos terminan reemplazando a los propios Elera y Sánchez. En los conciertos que daba este primero, Nataniel acudía a exhibir un juego de pareja aludiendo a aquella que encarnan en AFHS, dándole al gran público lo que espera y aprovechando la fama de sus personajes. Sus vidas personales siempre se enredaron con la trama de la serie. Incluso los eventuales desarreglos de sus respectivas vidas fuera del set repercutieron en el público infantil. Ritter y Lucho Cáceres en “1000 Oficios” experimentaron algo de esto. Incluso en momentos en los que la realidad superaba a la ficción, como el fallecimiento prematuro del hermano de Nataniel

Sánchez y el deceso absolutamente inesperado de la hermana de Laszlo Kovacs (Tito), fue un poco la serie y su trabajo, el refugio para estas penas.

Pero realidad y ficción también se han conjugado de otras formas: ya es absolutamente recurrente el juego con los nombres del elenco y del personal técnico: Nataniel es el primer nombre bajo el que se le conoce al personaje de Margarita (Daniela Camaïora), apelando al nombre de la actriz Nataniel Sánchez. Mateo Wiese toma el apellido de Andres Wiese (Nicolás). El personaje de Mía (Chiara Molina) vive prendada de un casi mítico Lucho Temoche, nombre de uno de los integrantes de la producción.

Además, los propios personajes se burlan de los actores que interpretan: Joel (Elera) hace sorna de un tal cantante Erick Elera. Raúl (Thorsen) cuenta que fue modelo de Gisela (como era en la vida real) e incluso invita a Charo a hablar por teléfono con ella. Susú (Daniela Sarfati), reclama en algún momento indicando "Yo fui Dalina". ¿Es Susú o Daniela Sarfaty quien habla? No interesa. Finalmente, este recurso divierte, pues ayuda a los actores a burlarse de sí mismos contando con la complicidad del público. Otra manera de empatar un plano y otro, es a través de la recuperación de frases como: "Cahete brother", que exclama Miguel Ignacio (Galliani) al tratar de acercarse a su hijo Nicolás y que se hiciera tan popular a fines de los 80 en el programa Lokademia de TV que conducía el propio Sergio Galliani. Nicolás lo mira extrañado sin entender lo que dice, reflejando aquello que las nuevas generaciones desconocen de nuestra historia de la televisión y burlándose de esto.

Eventualmente, se ha hecho referencia a otras figuras de la música tropical como Joel gritando porque cree que unas colegialas gritan por la presencia de Tommy Portugal, intérprete de varios temas musicales de la serie. De la misma forma, Joel y Christian Domínguez, miembro del grupo musical Hermanos Yaipén, se burlan de ese tal Erick Elera. Y para una situación casi antológica en este cruce entre realidad y ficción, Teresa (Magdyel Ugaz) se cruza con su pareja en la vida real Moisés Vega, integrante del mencionado grupo sacándole en cara que no sabe como "...alguien tan regia como Magdyel Ugaz..." puede estar con alguien como él, y que ella, hablando desde el personaje de Teresa, no sale con chicheros.

Controversial, pero no menos emparentada con la ficción, la inclusión de la flamante y no inaugurada estación central del Metropolitano, dio mucho de que hablar. Los comentarios excedieron al producto televisivo mismo y más bien se olvidó para qué había servido. La participación de Efraín Aguilar como regidor de Lima, se dice, mucho tuvo que ver con esto, empatando la popularidad de la serie a esta obra vial tan criticada. Posteriormente se resaltaron también las bondades de otro espacio: El circuito mágico del agua.

Otro empuje importante que la serie no ha desaprovechado, es el espacio de la Internet. Un rápido repaso a este panorama nos permite apreciar que hay por ejemplo en Google 8'090,000 resultados relacionados a AFHS. 36,800 son los relacionados que encuentra YouTube. No se ha dejado de lado el uso de las redes sociales. En Facebook, de 128 resultados que arroja AFHS, menos de una decena de sitios son en contra de la serie o alguno de sus personajes. El sitio más popular y a favor de la serie tiene 108,919 amigos, mientras el "No me gusta la serie" más visto tiene 1,395. Este espacio es también ideal para un feedback inmediato y constante de los seguidores de AFHS y del cual los productores y guionistas pueden nutrirse o medir el pulso a la serie. Si ya antes se había hecho concursos a través de llamadas o e-mails para que sea el público el que defina el destino de un personaje, AFHS no necesita hacerlo de esta manera, pues tiene a esta red bastante disciplinada.

Sobre esta base, es inevitable hablar de los 3 videoclips que se estrenaron en esta última temporada y que no son otra cosa más que parodias que buscaban primero la reconquista del amor de Fernanda por parte de Joel y posteriormente, la campaña en contra de Mike (Joaquín De Orbegoso), el "gringo atrasador". Esta conjunción entre estilo chabacano que se obtuvo de múltiples clips que se pueden encontrar colgados en YouTube, así como la presencia de intérpretes musicales casi bizarros, hizo que estos videoclips tuviesen en su forma y en su estética ese carácter "chicha" pero de mal gusto, que los distinguió. Internet gana cada vez más presencia, atrae, envuelve y acerca a estas comunidades alrededor a una idea o producto. AFHS sólo utiliza esta herramienta a su favor de manera efectiva.

La metacomunicación no se hace extrañar tampoco en esta serie, en la medida en que es también una figura regular. Charo y Doña Nelly comentan sobre la trama de la telenovela que siguen, específicamente acerca del secreto de la protagonista, haciendo mención a este factor sumamente apreciado por los seguidores de la serie y que el personaje de Francesca guarda celosamente. La ficción se traslada al interior de otra ficción, que aunque casi inexistente, se menciona como acercando a los personajes a los televidentes que también se preguntan por este enigma. Este es un hilo importante que se deberá resolver y de una manera tal que satisfaga todos los sacrificios que los personajes han hecho para mantenerlo guardado.

Hasta los propios guionistas como blanco regular de toda crítica, son explotados en la misma trama. Raúl se queja constantemente de la calidad de los guiones y de las personas que elaboran las historias. El típico reclamo de aquel televidente sobre aquello que se les ofrece capítulo a capítulo es blandido como demanda de este personaje.

AFHS es también una serie muy musical, en la medida en que los personajes y las situaciones están bien definidos en cuanto a los leitmotiv que les toca. Se ha usado temas de intérpretes nacionales para poder crear este lazo de producto con sabor nacional, reconocible y que permita la difusión de AFHS a partir de los temas musicales. Los contenidos son reforzados por los propios intérpretes en sus respectivos conciertos o presentaciones.

AFHS tiene pues una importante presencia como producto en nuestro horizonte televisivo. No es perfecto, pero busca entretener y una vez que encuentra una veta, trata de utilizarla sin tener que llegar al empacho. De pronto el mundo de los Maldini debería mostrarse más ostentoso, pero así y todo funciona. Los personajes han ido cultivado otras facetas que les permiten ir alejándose de lo unidimensional para enriquecer la trama. Los hay todavía demasiado maléficos como Claudia (Úrsula Boza), que sale adelante por su propia villanía; o muy exagerados en sus disfuerzos como Claudio el mayordomo, que igual sigue entreteniendo a la audiencia cuando acosa a Peter. Hasta uno de los protagónicos como Joel, también tiende a caer en el facilísimo del chico relajado y sin preocupaciones, pero felizmente ya le han dado espacio para la exploración de su sufrimiento al perder a Fernanda, por ejemplo.

Si bien hay todavía elementos por pulir, hay también una búsqueda por aquello que se puede ir incorporando como aporte al lenguaje audiovisual que regularmente se ve en nuestras producciones nacionales. Hay definitivamente todo un juego con poner en el mismo espacio, como representando a las diferencias de nuestro Lima pluricultural, a distintos personajes que los representan: desde la costa hasta la selva, pasando por la sierra. Cada uno encuentra un lugar especial y se afianza en esta historia que de cierta manera, nos muestra una forma de comprendernos con buen humor, a pesar de nuestras diferencias.